

Una pequeña obsesión

Ghana Lisseo Bastian Winchester

Image not found.

Capítulo 1

Una pequeña obsesión.

Sinopsis.

Nikki y Johanna...

2 gemelas que siempre han estado más que unidas...

El problema es cuando resulta demasiado...

Y Johanna es secuestrada...

¿Sacrificarías todo por tus hermanos?

¿Todo...?

Pues Nikki lo hizo, con tal de volverla a ver...

Envuelta entre juegos y acertijos... ¿Nikki logrará rescatarla?

No es una enfermedad, sólo... **Una pequeña obsesión**

Capítulo 2

1. El nacimiento de las gemelas.

Era una tarde fría en la bella ciudad de Londres, en la casa de la familia Bremauntz todo eran nervios y apuros, ya que la señora Bremauntz, Caterine Bremauntz estaba a punto de dar a luz.

Caterine Bremauntz era una mujer que a pesar de sus 32 años solo aparentaba 18, en su linda cara aniñada poseía un par de preciosos ojos del color de las esmeraldas, un largo y ondulado cabello que caía hasta la cintura como el ámbar, esbelta y alta, con una sonrisa que te hacía creer que todo estaría bien, era una modista reconocida quien estaba casada con Paul Bremauntz un hombre serio y cálido a la vez, sus ojos eran del color del océano, con una barbilla y sonrisa masculina, su cabello caía hasta el cuello del color del carbón, un hombre excepcional, alto y esbelto, muy alto en realidad parecía medir 1.85, era el hijo mayor de la millonaria familia Bremauntz, dueña de Bremauntz Motors, la cual estaría a punto de heredar cuando cumpliera 32, lo cual pasaría muy pronto.

Paul se apresuraba a buscar las llaves de su auto, mientras su mujer descansaba en el amplio sillón de la sala, estaba preocupado, si no se apuraba Caterine daría a luz en casa.

— ¡Al fin!—exclamó Paul triunfante mientras bajaba a toda velocidad por las escaleras.

Salieron de la casa para dirigirse a un auto convertible rojo, donde Paul ayudaba a subir a su esposa la cual solo respiraba profundo y sonreía mientras se acariciaba el vientre. Paul manejaba velozmente, incluso se pasó algunas luces, finalmente después de un apresurado viaje de 18 minutos llegaron al hospital, rápidamente atendieron a Caterine en urgencias para que diera a luz. Él bebe se había adelantado 2 semanas, justo cuando Paul se iba a trabajar Caterine comenzó con los dolores de parto.

Paul esperaba nervioso en la sala afuera de la habitación a donde habían dirigido a su esposa, se estaba preocupando, ya había pasado hora y media desde que habían llegado, tenía miedo de que el parto se hubiera complicado y perdieran al bebe. Paul tomó asiento en la esquina de la amplia sala y con la cara entre las manos se decía — ¡No puede volver a pasar... no de nuevo ya perdimos muchos bebés pero... a este... no lo podemos perder!

Tan inmerso estaba en su llanto que no lograba escuchar los gritos de dolor y esfuerzo de su amada Catherine.

Sin darse cuenta una lágrima recorrió su fina cara al momento en que una puerta se abría, de ella salió una enfermera, Paul alzó la cabeza esperando ver a una enfermera desanimada, pero fue todo lo contrario, había una sonrisa radiante en el rostro de la enfermera, se levantó y se dirigió a ella y aun con la lagrima en su rostro preguntó:

— ¿Y... dígame como están... mi bebé y mi esposa?— en su voz había preocupación, la enfermera solo sonrió y dijo —ya puede pasar a verlas— el rostro de Paul se iluminó y lleno de felicidad entró al cuarto donde se encontraba su esposa.

Su mujer vestía una bata azul, típica de un hospital, estaba recostada sobre una cama, su rostro lucía agotado pero a la vez feliz. En sus brazos sostenía un par de hermosos bebés que estaban envueltos con una pequeña mantita de color verde pastel.

El recién estrenado padre se acercó y observó a los bebés, lleno de alegría dio un semi-grito — ¡Son niñas y son 2!— las lágrimas empezaron a recorrer su alegre rostro, estaba tan feliz, cientos de intentos en busca de su bebé y ahora estaba ahí, no solo 1 si no 2 y eran unas preciosas gemelas.

Las niñas eran hermosas, tenían los ojos de su mamá y el cabello brillante como su papá. Ambos padres estaban alegres, Paul lloraba de felicidad y Catherine abrazaba a sus pequeñas gemelas, al fin habían logrado lo que tanto habían deseado.

Capítulo 3

2. Y... ¿Sus nombres?

Ya había pasado 1 hora desde que las pequeñas habían nacido, en medio de la linda escena de los padres con sus niñas entró una enfermera la cual retiraría a las niñas para unos chequeos. Ahora sólo quedaban en la habitación los padres, que aún no creían la idea de que al fin habían concebido una familia.

El silencio apareció en la habitación hasta que Catherine decidió romperlo.

—Amor, ¿Cómo se llamaran las niñas?— dijo tomando la mano de Paul.

—Las niñas... pues yo nombrare una y tu otra ¿Está bien?—dijo Paul empezando a caminar por la habitación.

Catherine sólo sonrió ante esta idea y añadió —Pero tienes que pensar bien el nombre ya que es para toda la vida.

— ¿Por qué lo dices?—reclamó Paul soltando una pequeña risa.

— ¿Por qué?— rio Catherine — ¡Todos los nombre que pones son malísimos! ¿Recuerdas a nuestro primer perro? ¡Se llamaba Penaut! Y el segundo se llamaba...

—Ya entendí Catherine- dijo Paul divertido mientras le daba un beso en la mejilla. —Lo pensaré.

—Yo ya sé cómo se llamara una de mis hijas—anunció Catherine, sonriéndole.

— ¿Cómo?— preguntó Paul aún con la sonrisa en su rostro.

—Se llamara Nikki— Catherine se sentó -con bastante esfuerzo y formando una mueca de dolor- mientras decía esto.

— ¿Nikki?— preguntó extrañándose. — “Nikki... no es un nombre... ¿oriental tal vez?”—Pensó Paul, entonces recordó que su esposa amaba todo lo referente a la cultura oriental y en una ocasión ella le había comentado que “Nikki” significaba “diario” —“Un nombre...un nombre”— seguía pensando Paul un tanto preocupado. —“Debo pensar en algo que me guste, como Europa...mmmm que nombre europeo podría ser...”

— ¡Ya sé!— exclamó feliz.

— ¿Qué es lo que sabes?— preguntó Catherine con su interminable sonrisa.

—La segunda de mis hijas se llamara Johanna— anunció Paul de manera decidida. —Es un buen nombre y va de acuerdo a su precioso rostro— añadió acercándose a la cama de su esposa para tomar delicadamente su mano. —Nikki y Johanna son nombres contrarios que curioso ¿No?— Catherine sólo rio y dándole un beso a su esposo añadió —No te preocupes por eso, lo único que importa aquí son nuestras preciosas niñas.

Acabando de decir esto entró una enfermera a informarles sobre el estado de las bebés.

—Sres. Bremauntz, ¿me harían el favor de acompañarme para que puedan ver a sus bebés?— los esposos sólo asintieron. La enfermera los dirigió por un amplio y largo pasillo hacia la sala de los recién nacidos, el ambiente del hospital era frío, pero eso no les importó. —Llegamos— les informó la suave voz de la pequeña enfermera.

Entraron en la sala que era innecesariamente espaciosa, donde había decenas de bebés aunque juntos no eran más de 40, los dirigió a la penúltima fila donde en una cuna habían 2 preciosas y pequeñas niñas durmiendo cubiertas con una pequeña y fina sábana, en la cuna colgaba un cartel de plástico rosa decorado con estrellitas alrededor que decía: Recién nacida Bremauntz. A su lado había otra cuna decorada de la misma manera, lo cual dejó con una duda a Paul.

—“Si hay 2 cunas, ¿Por qué las tienen a las dos en una?”— pensó intrigado y curioso. —Srta. Solo tengo una pregunta— dijo Paul mientras Catherine observaba a las recién nacidas —Si hay 2 cunas a mi nombre, ¿Por qué tienen a mis hijas en una?— la enfermera sonrió.

—Parece que sus hijas van a ser muy unidas, ya que cuando las quise poner a cada una en su cuna la mayor empezó a llorar de una manera terrible, la otra bebé se conservó tranquila, pero parecía que la mayor no se quería separar de ella— explicó la enfermera mientras se acercaba a la cuna —Y para que no alborotara a los demás bebés decidí que era mejor dejarla con su pequeña hermana.

— ¡Ahhh!— exclamó Paul con cara de no haber comprendido nada.

—Bueno, pero eso no es lo importante ahora— dijo Catherine acariciando suavemente el cabello de quien creía que era la mayor —Si no que están sanas. — Y una sonrisa se dibujó en su rostro nuevamente, se mostraba

satisfecha, lograda, alegre.

—Es verdad— reconoció Paul y preguntó — ¿Cuándo pueden irse con nosotros?— En su voz denotaba impaciencia, quería tener lo más rápido posible a las bebés para poder estar con ellas.

—Esta misma tarde— contestó la enfermera —Ahora salgamos de la sala para no perturbar a los demás bebés— los Bremauntz asintieron y siguieron nuevamente a la enfermera, la cual en la habitación les preguntó por el nombre de las gemelas.

Caterine antes de que su esposo pudiera contestar dijo —La mayor se llamará Nikki Bremauntz y la menor Johanna Bremauntz— la enfermera lo anotó en una pequeña tabla con hojas que llevaba en ella y salió de la habitación.

Llegó la tarde y con ella la ansiada partida del hospital. Caterine llevaba en brazos a sus 2 hijas, habían intentado cargar a 1 bebé cada quien pero Nikki no paraba de llorar estruendosa y desesperadamente, sólo paraba cuando volvía a estar junto a su hermana, a los padres se les hizo extraño esto pero pensaron que era una "costumbre pasajera".

Pero no fue así.

Las nenas cumplieron un año, aprendieron a caminar y a hablar, pero no pasaba la -ahora preocupante- "costumbre pasajera".

Sólo que esta vez era más grave.

Capítulo 4

3. Una marca, una promesa.

La "costumbre pasajera" aún no había pasado.

Al contrario, cada vez que se sentaban Nikki cargaba las piernas de la pequeña Johanna y las ponía sobre las de ella. Catherine solo sonreía al principio pero al paso de los años se empezó a preocupar, más no hizo nada por "analizar" el comportamiento de sus hijas.

Pronto llegó el 15 de mayo, el cumpleaños de las gemelas, cumplían 6 años. Habían crecido idénticas y hermosas, nadie -ni sus propios padres- las podían distinguir sin ponerse a dudar, su cabello negro como el azabache les llegaba hasta el cuello.

Ese día usaban un vestidito de diferente color cada una, el de Nikki era verde con una cinta azul y el de Johanna era rojo y la cinta amarilla, Paul las había vestido así para poder distinguir las.

Pronto empezaron a llegar los invitados, que eran recibidos por Catherine que llevaba puesto un precioso y corto, pero sin exagerar, vestido del color de la nieve lo cual resaltaba sus preciosos ojos.

Cuando estuvo reunida la mayoría de los invitados, casi todos parientes y conocidos, los hicieron pasar al enorme jardín que poseía la mansión.

El jardín estaba hermosamente decorado, con algunos globos en formas de flores, tenía como tema el blanco y el negro, ya que esos eran los colores favoritos de las gemelas, más que una fiesta para las pequeñas parecía una elegante reunión familiar.

Nikki y Johanna estaban sentadas en una pequeña mesa, cubierta por un fino mantel al centro del jardín, con sus posiciones habituales. Nikki era una niña que a pesar de su corta edad parecía la típica hermana mayor que era exageradamente sobreprotectora con su pequeño hermanito, normalmente era amable pero cuando alguien se acercaba a Johanna con una actitud que no le parecía, cambiaba su actitud a una de querer proteger lo más importante hasta el final, solía ser alegre y un poco habladora.

En cambio Johanna era muy tranquila, la vida parecía pasar inadvertida para ella, sus únicas pasiones a su edad era escribir y leer, casi nunca

hablaba, solo cuando alguien la llamaba o le preguntaba algo.

Los tíos de las gemelas fueron los primeros en dirigirse a sus pequeñas sobrinas, a las cuales sólo habían visto una vez, junto con su alegre padre, Paul se quedó de pie al lado de las pequeñas y comenzó a hablar —Nikki, Johanna. — dijo para llamar su atención. —A la preciosa mujer que ven es tía Stephanie y el caballero de al lado es tío George— estos últimos asintieron y dibujaron una sonrisa en sus finos rostros.

Tía Stephanie era una mujer indudablemente alta, un poco más que Paul, pero eso no parecía ser obstáculo para su belleza, su cabello era del color de la dulce miel, sus ojos color avellana y piel blanca como el marfil, vestía un largo y precioso vestido rojo, con un collar con su inicial, por apariencia parecía que todo lo que llevaba puesto le habían costado cientos o tal vez miles de libras, en cambio tío George solo llevaba una camisa verde, jeans y tenis, como un joven universitario, que no parecían concordar con su elegante esposa, las gemelas se sorprendieron al ver que el tío George era idéntico a su papá.

— ¿Por qué se parece tanto tío George a ti?- pregunto Nikki tomando con su pequeña mano la manga del traje de Paul.

Este último rio, se posicionó al lado de George y pasándole un brazo por los hombros exclamó sonriendo —La razón es pequeña Nikki que tío George y yo somos gemelos— George también sonrió, Johanna los miró a ambos y sin ninguna expresión en su linda cara exclamó —Encantada tía Stephanie y tío George— se levantó de la silla y se dirigió donde su mamá seguida por Nikki mientras le tomaba la mano.

—Parecen ser muy unidas— exclamó feliz Stephanie, contemplando a las pequeñas mientras iban en busca de su madre.

—Sí, lo son- dijo Paul mientras se pasaba una mano por el cabello —Pero a veces eso se convierte en un problema.

Stephanie y George no entendieron lo último y se limitaron a seguir sonriendo. Paul se encargó de los demás conocidos que se hallaban bastante ansiosos por conocer a las pequeñas, mientras Johanna y Nikki hablaban con su mamá.

— ¿Mamá puedo ir por mi cuaderno?—inquirió la pequeña e inocente Johanna mientras tiraba suavemente del vestido de Catherine. La tomaron por sorpresa, ya que estaba hablando con otros conocidos, la mayoría de la familia de Catherine, la cual se sorprendió al voltear y ver a sus niñas.

— ¿No les dije que no se fueran de la mesa?— dijo molesta y divertida a

la vez.

—Pero es que me aburro con toda esa gente— repuso Johanna con su voz infantil y sin poner expresión alguna.

Caterine suspiró y tomó de la otra mano a Johanna, se disculpó con sus parientes por tener que dejar su entretenida plática y dirigiéndose a Nikki dijo —Nikki suelta a tu hermanita— y dirigiéndose a Johanna añadió —Ven cariño vamos por tu cuaderno— Nikki no soltó la pequeña mano de Johanna, al contrario, la apretó más, Caterine le dirigió una mirada típica de una madre para que sus hijos obedezcan. Nikki no quería dejar a su hermana sola, pero recapacitó, era su madre ella nunca les haría daño, lentamente soltó la frágil mano de Johanna. Caterine suspiró de alivio y comenzó a recorrer, con Johanna agarrada de su mano, el sendero de piedra que atravesaba el jardín para dirigirse a la casa.

Nikki se quedó en medio de aquel mar de familiares y conocidos, suspiró y regresó a su lugar. Esperando a que su protegida regresara.

No tuvo que esperar mucho cuando ya tenía de vuelta a su hermana y con ello regresó su sonrisa. Johanna siempre escribía todo lo que veía, sin embargo esta vez decidió dibujarlo y empezó a dibujar a tía Stephanie. Las personas se empezaron a acumular a su alrededor y comenzaron a murmurar.

Exclamaciones como — ¡Wooww es muy buena! ¡Es exactamente igual!— se dejaban oír de cuando en cuando, Johanna era muy buena dibujante para su edad, aún más para ser su segundo dibujo que había hecho en toda su corta vida. El primero era una sencilla y a la vez complicada escena de caballos blancos cabalgando.

Nikki al notar la cantidad de gente estrechó a Johanna contra su pecho, la cual ni un instante dejó de dibujar.

—Acabe— anunció la pequeña, dejando sobre la mesa su lápiz.

Nikki tomó el dibujo de Johanna y lo observó, parecía una foto en grises, era exactamente igual al rostro de la tía Stephanie. Caterine y Paul -que con anterioridad preparaban los últimos detalles- se sorprendieron de ver a la gran mayoría de sus invitados alrededor de sus pequeñas, así que se apresuraron a ir con ellas.

— ¿Qué pasa?— preguntó Paul un tanto divertido.

—Johanna dibujó esto papi— dijo Nikki con una sonrisa mientras le entregaba el dibujo. Paul quedó boquiabierto ante el talento de su hija, se lo enseñó a Caterine y ella no pudo hacer más que plasmar la misma expresión en su rostro, el encantador padre salió de su asombro y con

orgullo enseñó a todo el mundo el dibujo de su pequeña. Ellos sabían que solo Johanna había nacido con talentos, una niña superdotada, pero creían que sólo con sus historias.

Todos quedaron asombrados ante el dibujo de Johanna y la comenzaron a felicitar...

¡Clap Clap!

Se escuchó, rompiendo los murmullos que se habían comenzado a formar, era Catherine la que aplaudía diciendo —Por favor no sobrecarguen a las pequeñas y disfruten de la fiesta— los invitados sonrieron y volvieron a sus pláticas dispersándose por toda el área.

— ¿De qué se asombran? Solo dibujé— preguntó con inocencia Johanna a su hermana.

—De nada Johanna, de nada— dijo Nikki mientras abrazaba aún más a su hermana. Pronto llegó la hora en la que repartirían el pastel, un canoso mayordomo elegantemente vestido se acercó a un gran pastel decorado con flores y mariposas de colores sobre un pan blanco y esponjoso recubierto hábilmente por un betún blanco, el cual recordaba mucho a un pastel de bodas a las gemelas, el cual estaba situado en medio del jardín junto a la mesa de las gemelas. Nikki estaba muy feliz, en cambio Johanna no tenía expresión alguna en su lindo rostro.

El mayordomo traía un gran y filoso cuchillo, que asustó a Nikki, empezó a trastornarse como cuando se separaba de su otra mitad o veía ese tipo de objetos muy cerca de Johanna, estrecho más a Johanna contra ella. —Me aprietas mucho Nikki— se quejó la pequeña dibujante removiéndose incómoda tratando de encontrar algo de espacio para ella.

—Lo siento pero es que ese hombre da miedo.

El mayordomo empezó a cortar pequeñas rebanadas del majestuoso pastel, pero en un momento de descuido soltó el filoso cuchillo que amenazaba a caer directamente al rostro distraído de Johanna, quien de la nada unos momentos antes había sacado un nintendo para jugar.

Nikki abrió los ojos de par en par, sentía que su mundo acabaría si su preciada hermana moría, decidió no perder más tiempo, así que ágilmente y en un instante se separó de su hermana, tomó el cuchillo y lo empuñó peligrosamente en dirección al asombrado mayordomo.

La familia entera quedo pasmada. ¿Cómo una niña de esa edad era capaz de manejar un objeto como ese?

El silencio reinaba, nadie se atrevía a decir una palabra, no sabían si aplaudir por el ágil movimiento o preocuparse por la manera en la que la menor empuñaba el cuchillo.

De la multitud salieron corriendo Catherine y Paul, estaban arreglando la cuestión de la música, cuando de un momento a otro todo quedó silencioso, fue cuando decidieron acudir al lado de sus gemelas. Se quedaron pasmados al ver la escena, una de sus pequeñas asustada con los ojos abiertos como platos, un mayordomo asustado y asombrado siendo amenazado con un gran cuchillo empuñado a la perfección por la otra de sus pequeñas. La pareja salió rápidamente de su asombro y se acercaron velozmente a sus pequeños tesoros.

Catherine se dirigió a la atemorizada Johanna, estaba demasiado preocupada, su Johanna nunca cambiaba su expresión, era un milagro siquiera que sonriera ligeramente, pero encontrarla con una expresión de terror era que había pasado algo grave.

Paul en cambio se acercó a Nikki para que soltara el cuchillo, los ojos de la menor brillaban, sus padres ya conocían ese brillo, lo mostraba desde que era bebé cuando la separaban de su indefensa hermana. Paul se acercaba lentamente, temeroso de que cambiara de dirección y ahora fuera contra él.

—Cariño deja eso por favor— en la voz de Paul se notaban la preocupación y los nervios.

Nikki reaccionó, se sorprendió de sí misma y de todo lo que había hecho. Sus recuerdos eran confusos, casi podía afirmar que no recordaba absolutamente nada, lo único que podía recordar era como el cuchillo iba cayendo lentamente.

¡Tling!

Se oyó, Nikki había soltado el cuchillo, en su rostro no había señales de arrepentimiento ni mucho menos, se acercó al mayordomo, para sorpresa de todos.

Y en voz bajita dijo: —Tenga más cuidado o la próxima vez no sé qué pueda ocurrir— el canoso mayordomo había palidecido de miedo, tragó un poco de saliva y asintió nerviosamente.

Catherine seguía de pie al lado de su pequeña niña tratando de que reaccionara, pero sin éxito, era un momento crítico, Johanna no reaccionaba, su rostro estaba más pálido de lo normal. Su madre pensaba la manera de hacerla reaccionar.

De repente, recordó que las pocas veces que había visto la ligera sonrisa de Johanna era cuando compraban tarta de fresas, con ello Catherine con una pequeña sonrisa ideó un plan.

Se posicionó a la altura de la menor, le dio un beso en la frente y acariciando su corto cabello le susurró en su pequeño oído —Johanna cariño, papá trajo tarta de fresas— se apartó un poco de ella y no dio resultado, repitió lo mismo 4 veces más pero sin éxito. Catherine parecía haber perdido casi toda la esperanza, se puso en pie y acarició la mejilla de su hija.

—Auch— exclamó una voz aguda. Era Johanna, quien parecía haber despertado de su shock, acto seguido jaló un poco del vestido de su mamá y añadió —Mami arde mucho— su infantil voz sonaba un poco adolorida, mostrando una pequeña expresión de dolor.

Catherine se alivió al mismo tiempo que se extrañaba, así que se acercó a la pequeña, la tomó en sus brazos y asustada descubrió que tenía una gran cortada muy profunda en su pequeña pierna, de la cual brotaba mucha sangre. Nadie lo había notado ya que el color de la sangre se confundía con el de su pequeño vestido, el fluido carmesí recorría su pequeña y pálida pierna, parecía un minúsculo río, pronto empezó a escurrir y a caer al verde pasto.

-iGyaaaaaaa!- se escuchó un grito que había salido de los labios de Catherine, su niña se había desmayado en sus brazos, estaba apanicada, no sabía qué hacer.

— ¡Llévala a dentro, rápido!— gritó Paul de manera desesperada y preocupad.

Catherine asintió ferozmente y con su niña en brazos la llevó corriendo a dentro de la casa. Paul se disculpó con todos y los obligó a irse.

Después le dio una mirada triste a Nikki.

—Vamos a la casa a ver a Johanna— y dicho esto se echó a correr. Paul estaba preocupado, él y su esposa sabían perfectamente que sus gemelas eran propensas a enfermedades, en pocas palabras cualquier enfermedad las afectaba al doble de fuerte que a una persona normal. Sus pensamientos no estaban enfocados en otra cosa que no fuera Johanna.

Nikki, que ya había recuperado completamente el juicio, se echó a correr siguiendo a su padre.

—“Por favor que Johanna este bien”— repetía esto una y otra vez en su mente cargada de culpa, mientras corrían por el amplio jardín en dirección a la gran casa del color de la nieve, Nikki empezaba lentamente a recordar

todo, a conectar los fragmentos de su memoria, las imágenes inundaban su mente, no le impactó como había amenazado al mayordomo, ya que ella creía estar en lo correcto, se asustó al recordar cómo había herido a su hermana.

Al parecer la manera en que había empuñado el cuchillo no había salido del todo bien, ya que cuando lo tomó y se dirigió al mayordomo no tuvo en cuenta lo filoso que era y una parte del cuchillo había rosado la piel de su gemela, fue ahí cuando se originó el corte.

Las lágrimas empezaron a recorrer su delicado rostro, pero ni un instante dejó de correr, quería llegar lo más rápido con su otra mitad.

El camino parecía que nunca tendría fin, hasta que ¡Al fin! ¡Al fin habían llegado! Paul impaciente subió los escalones de 2 en 2 sin dejar de ser seguido por Nikki, la cual luchaba por mantener el ritmo. Ambos se dirigieron a la habitación ya conocida por todos los de la casa, afuera estaba Catherine sozollando tristemente, Paul se acercó lentamente a su esposa y la abrazó.

—Llamé a un doctor— anunció entre sozollos —Ahora están revisando a Johanna— las lágrimas se hicieron presentes en los rostros de los jóvenes padres, mientras que las lágrimas de Nikki amenazaban con nunca dejar de fluir por sus verdes ojos, se sentía fatal, por su culpa Johanna estaba en aquel terrible estado.

Esperaron pacientemente hasta que la puerta tan vigilada por los miembros de la familia se abrió lentamente y de ella salió un joven alto, con su cabello negro y ojos grises, vestía una bata blanca lo que indicaba que era el doctor.

— ¿Cómo está la pequeña?— exclamó Catherine, reteniendo las lágrimas que seguían saliendo sin su permiso.

El doctor sonrió.

—Señora no se preocupe, Ya está bien. Necesita estar en reposo y no hacer mucho esfuerzo, si la herida se abre de nuevo sería fatal, ya que ha perdido mucha sangre- esto último lo dijo con seriedad.

Paul le pagó al doctor y este se marchó, la pareja bajo a la sala para discutir que harían con las gemelas.

Nikki se quedó sola en el amplio pasillo, pasados unos momentos decidió entrar. Lentamente giró el pomo de la puerta y la abrió tratando de no hacer ruido.

— ¿Johanna?— susurró la pequeña entrando en la habitación, —“está dormida”— pensó Nikki con un pequeño alivio, caminó y se sentó al lado de su protegida hermana, tenía la mirada puesta sobre Johanna como si temiera que de un momento a otro se fuera a desvanecer.

En un movimiento suave levantó el vestido de su gemela dejando a la vista su piernecilla, la cual estaba vendada suavemente teñida con un color carmesí, Nikki bajo un poco el vendaje, cuidando de no hacerle daño, se quedó asustada ante la herida de la otra pequeña, un pensamiento invadió su atolondrada mente.

—“Y pensar que todo esto lo provocaste tú, ¿No te invade la culpa?”— Dijo una voz dentro de su cabeza, la sacudió y exclamó — ¡Pero no lo hice a propósito, nunca le haría algo así!— estas palabras las dijo tan alto que Johanna separó un poco sus parpados dejando que se asomaran unos bellos ojos verdes.

— ¡Johanna!— dijo Nikki levantándose — ¡Despertaste! ¿Te encuentras bien?— esto último lo dijo mientras se secaba las lágrimas, no quería que nadie la viera así, mucho menos su hermana.

—Sí, eso creo- dijo la pequeña que yacía recostada sobre la cama —No recuerdo bien que pasó, sólo vi un cuchillo que venía sobre mí y después todo se oscureció— añadió la niña mientras se tocaba la cabeza. Desviaba la mirada hacia la ventana, haciendo esfuerzo tratando de invocar a su mente un recuerdo que ella creía muy lejano.

— ¿Te duele algo?— preguntó Nikki preocupada.

—Un poco la...cabeza— dijo Johanna mientras se intentaba sentar.

— ¡No! ¡Aún no te puedes sentar!— profirió en un regaño Nikki a la siempre distraída Johanna.

—Uh... bueno no necesitas gritar Nikki—dijo Johanna con su cara habitual mientras se volvía a recostar, pero en un intento de acomodarse movió ligeramente su pierna lo que hizo que soltara un agudo gemido de dolor, Nikki volteó a verla y se dirigió su mirada analítica a ella.

—No te muevas, a menos que quieras que te duela más— la pequeña dibujante sólo asintió confundida. —Espera un poco— le ordenó Nikki mientras se dirigía a su escritorio, revolvía sus cajones buscando un anhelado objeto. —Aquí están— dijo Nikki mientras de uno de sus cajones sacaba unas tijeras.

Se volvió a acercar donde su hermana y tomó con una de sus manos las

tijeras y con la otra sostuvo las de Johanna.

—Has lo mismo que te hice yo a ti— le pidió mientras le indicaba con la mirada a su herida.

—No... puedo.

Nikki dejó las manos de su hermana y firmemente con ambas manos tomó las tijeras.

—Está bien— dijo Nikki esbozando una sonrisa triste —Si no lo haces tú lo haré yo, no te preocupes— y dicho esto le dio un dulce beso en la frente.

—No pongas esa cara— dijo Nikki cuando se percató de la cara de miedo y sorpresa que Johanna había puesto. Esta última no movía ni un dedo, lo único que daba señas de que estuviera viva era su acompasada respiración.

Nikki despacio separó las 2 cuchillas de las tijeras y con la punta de una de ellas se la encajó brutalmente en la misma pierna en la que accidentalmente había herido a Johanna, las sacó, guardándose para sí los gruñidos de dolor y empezó a hacerse un terrible corte del cual brotaban finos hilillos de sangre.

Una pequeña mano temblorosa la detuvo.

—Detente, por favor Nikki— dijo Johanna con una ligera expresión de susto. Nikki estuvo a punto de rendirse ante el horrorizado rostro de su hermana, pero prosiguió y las finas lágrimas empezaron a recorrer su delicado rostro.

—No— contestó de manera determinada. —Esta será la marca que nos una para siempre, la prueba de que yo te protegeré de todo— dijo mientras dejaba las ensangrentadas tijeras sobre una pequeña mesa con una lámpara que estaba al lado de la cama.

Johanna comenzó a llorar, medio asustada, medio conmovida. Nikki se percató de esto, su gemela nunca había llorado frente a nadie, que lo hiciera por primera vez frente a ella la hacía inmensamente feliz.

Nikki se acostó en la pequeña cama junto a su hermana, las tapó a ambas con el cobertor color cielo y mientras la abrazaba le dijo —No te preocupes, de hoy en adelante yo te protegeré, y todo estará bien— la estrechó más contra su pecho, resguardándola.

Seguridad, amor y protección.

Era todo lo que Nikki le había querido demostrar con ese acto.

Johanna solo asintió y en cuestión de unos minutos las gemelas, que ahora estaban unidas por un fuerte lazo, cayeron en los brazos de Morfeo.